

OTRA VEZ



DOS MIL PALABRAS DE LIBERTAD

A fines del pasado mes de septiembre de 1969, apareció en Checoslovaquia y se difundió por Europa un nuevo "Manifiesto de las 2000 palabras". El publicado en junio de 1968, redactado por Ludvik Václavík y firmado por varios centenares de representantes de todas las esferas de la cultura, manifestaba confianza en

Alexandr Dubček y sus intentos de reforma política y económica. El de ahora es un rechazo de la política represiva del nuevo régimen. El texto que sigue lo reproduce integralmente. Fue tomado de L'Espresso, de Roma, del 21 de septiembre de 1969. —J.H.C.

Ha pasado un año desde cuando algunos representantes de la república checoslovaca fueron llevados a Rusia y convertidos en protagonistas de las negociaciones cuya consecuencia fue el llamado protocolo de Moscú. Ese protocolo humilla la soberanía y la autonomía de un pueblo que no se ha manchado de culpa alguna y que sólo ha tenido la desventura de encontrarse aplastado entre dos potencias que se disputan el dominio del mundo. Una de esas potencias nos ha mandado sus tropas. Lo ha hecho en nombre del socialismo, sosteniendo que éste se veía amenazado entre nosotros. Sin embargo, no era el socialismo el que se veía amenazado sino únicamente la posición de quienes, durante veinte años, habían deformado su significado. Y sin embargo, el renacimiento hacia el que parecía encaminarse nuestro país en los primeros meses de 1968 había suscitado la convicción casi unánime de que muchos errores se podrían corregir, de que se habrían de reparar muchas injusticias, y de que nuevamente se podría trabajar con satisfacción.

En ese momento el gobierno y el partido comunista se hallaban en la senda justa para demostrar que el socialismo no está eternamente destinado a identificarse con la arbitrariedad, las restricciones y la penuria, sino que, por el contrario, puede dar a los hombres todas las libertades tradicionales conquistadas en las revoluciones precedentes y, sobre la base de esas libertades, construir una sociedad más madura, en sentido no sólo económico sino también moral. Nuestras tentativas respondían por otra parte a las viejas ideas del movimiento socialista, que aboga por el derecho del pueblo y del hombre a la libertad, rechaza la arbitrariedad y la violencia, condena la diplomacia secreta y las intrigas de corredor. Era, pues, "deber internacionalístico" de parte de todos los que aún respetan las finalidades originales del socialismo, no perturbar nuestra labor, comportarse correctamente en lo que a nosotros se refería y reconocer al pueblo checoslovaco el derecho de expresarse a sí mismo, sin que ni los reaccionarios de casa ni los del extranjero le impusieran un viejo orden podrido.





Desde hace un año vivimos en estado de subordinación. En este lapso la vida entre nosotros no ha hecho más que empeorar, incluso en lo material. El suministro es pésimo, los precios aumentan, la producción es ineficaz. Muchos hombres capaces, bien dotados y debidamente elegidos han tenido que abandonar sus trabajos y sus puestos. El programa de acción del PCCH, del mes de abril de 1968, ha sido totalmente liquidado, punto por punto; las organizaciones sociales están siendo aniquiladas mediante intervenciones arbitrarias; el pueblo ha sido excluido de toda participación en la política estatal; las cuestiones importantes son resueltas por una reducida oligarquía de personas y no por los órganos democráticos del Estado. No hay actualmente en Checoslovaquia ningún organismo de poder que haya surgido de la voluntad del pueblo. Incluso el mandato del Parlamento estatal ha terminado. Más todavía, la censura impide que se debatan públicamente estos problemas, lo que sólo aprovecha a las personas de ideas estrechas y carácter dictatorial, a los viejos oportunistas y a los nuevos carreristas. De tal modo, éstos pueden afirmar lo que les parece, deformar los hechos, calumniar a las personas y desencadenar campañas de prensa a las que nadie puede responder.

Nosotros no estamos de acuerdo con nada de esto y queremos decirlo. Por lo tanto, nos dirigimos a los órganos legislativos de la República, a los gobiernos federales y al nacional, al igual que al comité central del PCCH, con una proclama que expone con franqueza nuestra posición, aun a riesgo de las ya sabidas, y habituales, represalias:

1. Rechazamos lo que acaeció hace un año porque constituye una violación al derecho internacional, una humillación del nombre del socialismo y un insulto a la decencia. Nos pronunciamos por el mantenimiento y el respeto de todos los acuerdos internacionales, sí: pero los estados socialistas deben ser los primeros en respetar la soberanía recíproca. Consideramos la permanencia de las tropas soviéticas en nuestro suelo como causa de inquietud y como obstáculo a la reanudación de relaciones amistosas. Pedimos a los

órganos supremos de nuestro Estado que abran negociaciones para que se retiren.

2. No estamos de acuerdo con la política de quien responde a las amenazas haciendo concesiones continuas. Rechazamos las decisiones adoptadas bajo la presión extranjera en abril de 1969, cuando se exacerbó el sistema burocrático del gobierno, se organizó la depuración del aparato estatal tanto en su aspecto partidístico como económico, en provecho de personas poco capaces pero muy obedientes y, como quiera que sea, privadas de la confianza de los ciudadanos. Protestamos contra la disolución de las libres organizaciones civiles cuya actividad no es opuesta a la ley, y contra las tentativas de fraccionar a las que han sobrevivido. Condenamos la abolición del "Comité coordinador de las asociaciones creativas", decretado sobre la base de motivaciones falsas. Rechazamos la intervención arbitraria en la actividad de los estudiantes de las escuelas superiores.

3. Rechazamos la censura, cuya introducción nos ha incluido en el número de los pueblos que no pueden ni hablarse a sí mismos ni al mundo. La censura nos hace retroceder cien años. La censura impide el intercambio de opiniones y noticias, vuelve imposible la formación de una opinión pública consciente, favorece la difusión de necedades, vuelve más pesado el control del poder, protege a los funcionarios incapaces y facilita toda clase de abusos políticos. La censura transforma a las artes y las ciencias en siervas del poder, en tolerados adornos de la fachada estatal.

4. No creemos en las promesas de quien dice que en lo futuro se respetarán las leyes y no se repetirán los crímenes institucionales de los años cincuenta. No lo creemos y no lo creemos hasta que los servicios de seguridad sean puestos bajo el control eficaz y visible de órganos civiles y democráticos. Consideramos como un mal signo la abolición de la sociedad para los derechos del hombre. Deseamos que se ratifique a la brevedad posible el pacto internacional sobre los derechos civiles y políticos, al igual que los pactos sobre los derechos económicos, sociales y culturales.

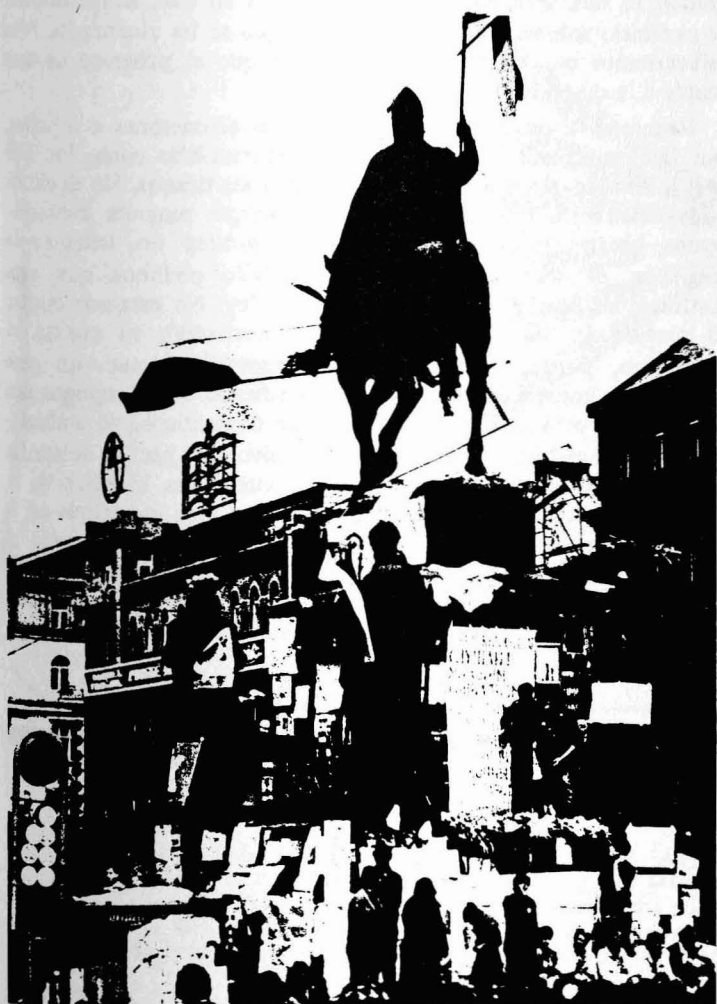
5. No reconocemos la función del partido comunista como órgano de poder. Colocar la categoría de la partidicidad por encima de los derechos civiles es monstruoso. Insistimos en que el partido comunista podrá conquistar un papel dominante en la sociedad

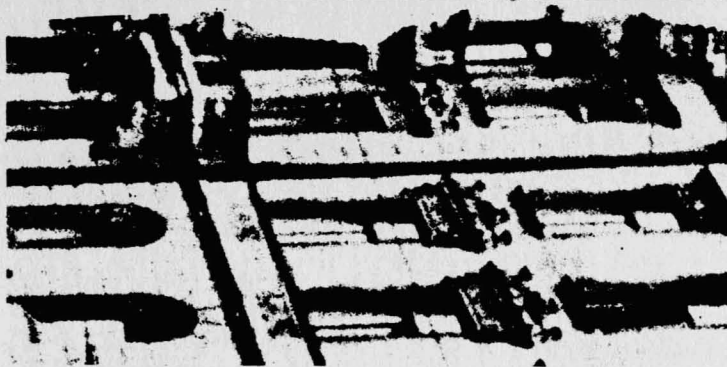
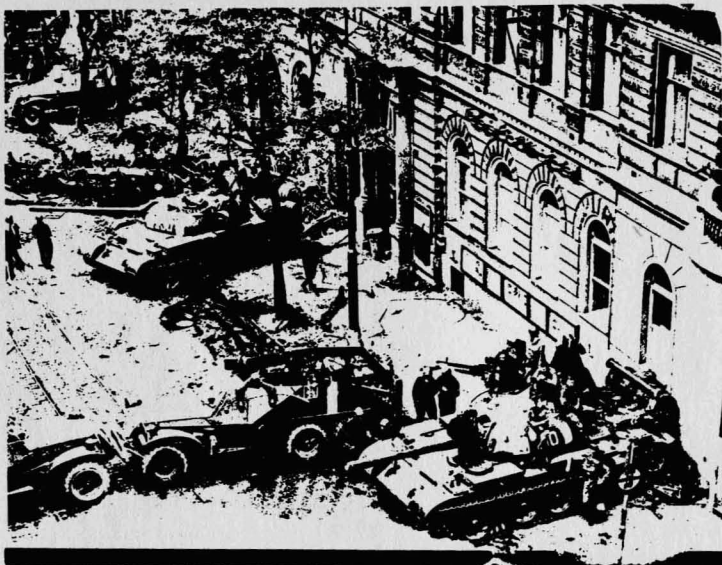
sólo en la medida en que logre conquistar la confianza de los ciudadanos al satisfacer fielmente lo que éstos le pidan. Las relaciones entre los partidos políticos en el Frente Nacional no pueden ser sino relaciones entre colegas. Los no comunistas, que son la mayoría, no deben ser constreñidos a vivir en condiciones que les impidan actuar. Respetamos a los comunistas que han tratado de librar al partido de sus deformaciones, y que se han puesto al servicio de un socialismo con faz humana. Apoyamos a quienes insisten en la línea legalista del 14o. Congreso del partido que se convocó el año pasado.

6. La intervención en las cosas checoslovacas se ha manifestado de manera particularmente desastrosa en la economía. Se ha interrumpido la libre discusión en materia económica. La ley que debía legalizar a los consejos de administración ha sido bloqueada. Ahí donde esos consejos ya existían, se ha anulado su actividad. Naturalmente, la culpa de la crisis cada vez más aguda que se

deriva de esto se atribuye a quienes querían llevar a efecto las reformas, no obstante que sea de todos sabido que tales reformas no se pudieron realizar. También se echa la culpa sobre los trabajadores, por su "mala voluntad de trabajar y su baja producción". En realidad, los obreros se preguntan a menudo si vale la pena trabajar, dado que sus fatigas se disuelven en la nada, o sirven para fines que ellos no comparten: es decir, para pagar un pletórico aparato administrativo y represivo, una policía política, una oficina de censura, un ejército que no dispara jamás en el momento justo, y una propaganda económica a fondo perdido. ¿Por qué habrían de trabajar los obreros? ¿Para mantener en pie a personajes que hace un año habían sido relegados al desván? ¿Para ganar un margen extra de dinero que no sirve para comprar nada? Estimamos comprensible su estado de ánimo. En efecto, los hombres, para trabajar bien, deben conocer el sentido y la finalidad de su trabajo, convencerse cotidianamente de que están siendo bien conducidos, y tener el derecho de expresar su propia opinión sobre cualquier problema, desde los que atañen a la producción hasta los propios de la política. Los obreros y empleados que tienen al frente dirigentes o funcionarios a quienes estiman, los apoyan con un trabajo normal y disciplinado. Pero trabajar con dirigentes incapaces o impuestos desde lo alto es insoportable. Sin embargo, los contrastes no se pueden resolver en perjuicio de toda la sociedad, sino con el despido de los responsables. Hacer esto con medios legales es derecho de los sindicatos. Pedimos por lo tanto que se promulgue lo más pronto posible una ley sobre las empresas socialistas que ayude a la producción y resuelva, en lo que respecta al plano estatal, el problema de los cuadros calificados dando a los obreros la posibilidad de influir en las inversiones y en la distribución del rédito. Pedimos, en consecuencia, que se respeten los derechos de los sindicatos de acuerdo con la carta de la Federación Sindical Mundial.

7. No aprobamos el aplazamiento de las elecciones para las asambleas y los órganos legislativos, porque ello significaría perpetuar una situación de emergencia. Deseamos que las elecciones se efectúen con arreglo a una ley que refuerce la democracia socialista. En la ley debe reconocerse a los ciudadanos el derecho de proponer a sus propios candidatos, así como también a quitar a éstos el mandato. Rechazamos toda elección semejante a las de los periodos precedentes y no participaremos en ellas.





8. Nos alegramos de que, de cuanto ofrecía el rico programa de reformas previstas el año pasado, cuando menos se haya llevado a efecto la federalización. Hacemos votos al pueblo eslovaco para que logre realizar plenamente la integración de nuestras dos economías. Nos rebelaremos contra quien provoque disensiones y sospechas entre nuestros dos pueblos, así como contra el sórdido mercadeo de lo poco que tenemos en común. Lo importante es más bien lo que vendrá después. Pero tomamos nota aquí de que la federalización se ha detenido ante el supremo órgano del poder, es decir, el comité central del PCCH. Queremos que la federación sea auténtica, y que su acción no se limite a aprobar resoluciones tomadas por un pequeño grupo de personas que se consideran facultadas para prescindir de todo control de los órganos federales.

9. Mientras la censura acalla todo debate y toda voz crítica, y con groseras intervenciones en la composición de los órganos del Estado y del partido se intimida a la gente, mientras deshonestos escritores en periódicos de miserable nivel preparan evidentemente la atmósfera para peores acontecimientos, proclamamos con plena claridad que el derecho de no estar de acuerdo con quien detenta el poder es un derecho secular y natural del hombre. Por lo tanto, solicitamos que se resuelva este problema. Mientras no se le resuelva, nos reservamos el derecho de desaprobación, oponiéndonos con métodos legales a todo lo que vaya contra la razón, contra nuestra conciencia, contra nuestras convicciones, contra nuestra tentativa de instaurar una democracia socialista y "humana", y contra todo lo que es enemigo de las buenas tradiciones de nuestro país. No queremos recurrir a medios ilegales, pero utilizaremos todos los instrumentos existentes para defender nuestros derechos. De este modo, expresamos nuestra solidaridad con quienes son perseguidos por sus ideas políticas.

10. Pero nuestro programa no es sólo un rechazo. Incluso en las peores condiciones la vida debe proseguir: ninguna opresión puede amordazar del todo el pensamiento y anular las obras. Que cada ciudadano haga cuanto pueda de bueno, pero sobre todo que sirva como ejemplo a los demás en su trabajo, en cada sector: en los suministros, en las comunicaciones, en las instituciones de salubridad, en la escuela, en la administración de la justicia. Que los trabajadores de la ciencia y la cultura no interrumpan su actividad. Incluso en condiciones de esclavitud política un pueblo maduro se puede defender haciendo valer en los actos de la vida cotidiana su propio estilo de vida, sus propias convicciones y su propio carácter. Aunque sea con fatiga podemos mejorar nuestra condición y nuestro país, sanar los centros de trabajo, reducir los daños a la economía, atesorar lo que poseemos. Podemos divertirnos de un modo que nos beneficie a nosotros y no a aquél a quien no queremos divertir. Podemos cultivar y desarrollar nuestra capacidad y nuestros intereses. Sabemos que no estamos en la capacidad de cambiar solos nuestra situación, porque no somos el centro del mundo ni una gran potencia. Hay periodos en que, simplemente, es necesario sobrevivir y salvaguardar lo que se ha alcanzado. Nos esforzaremos por hacerlo convencidos de que el progreso es una fuerza a la que no se puede detener.

Rechazamos de antemano las previsibles acusaciones e injurias, por lo demás nada nuevas. No somos oportunistas como los que han husmeado el viento y se han uncido a los tiranos. No decimos nada contra los intereses del Estado, porque ninguna camarilla puede hacerse pasar por el Estado, y porque no tenemos la intención de minar sus instituciones. Sólo pedimos que esas instituciones funcionen de acuerdo con la ley. No estamos contra el partido (y un libre debate lo demostraría), ni contra el socialismo, porque queremos un socialismo apto para un país avanzado y consciente, un socialismo purificado de las repugnantes desviaciones provocadas por un grupo de dogmáticos, de ambiciosos y de prevaricadores. No tenemos motivo para asumir actitudes antisoviéticas por lo que respecta a las cuestiones internas de la Unión Soviética, pero sí estamos contra su grosera ingerencia en la soberanía de otros Estados. Antes bien, deseamos todo éxito al pueblo soviético. Apoyaremos a las fuerzas democráticas y socialistas del mundo en sus esfuerzos en pro del desarme, la solución pacífica de los conflictos y la liquidación de los bloques.